

# El lobo

Jordi Folck

Era una de esas noches de luna llena de hombres-lobo, fría, húmeda, en la que los niños bondadosos se van a dormir temprano, buscando cobijo bajo la cabaña de plumas del nórdico o bajo los felices y vistosos cubrecamas; poco antes de que las madres «ordenen los cajones de la imaginación de sus hijos» con un beso en la frente. Sin embargo, ¿qué hacía Marc Sebastià, pasadas las diez de la noche, por los alrededores del viejo *parque de los riachuelos* endomingado con una rosa de papel en la mano atravesando la aplastante oscuridad de la noche? «Los héroes de los cuentos han de enfrentarse a mayores peligros si quieren conquistar el corazón de la dama», se dijo ensayando aquella estúpida risa que se le había congelado en los labios. Y pasar unas horas a la intemperie no era tan siquiera una prueba verdadera. Era aquella y no otra la razón que le había empujado a huir de casa por el tejado, como en las mejores novelas de aventuras, y de allí descender bien agarrado a la higuera que daba fruto y sombra a la familia, para ir a su primer encuentro amoroso. Tenían 13 años y aquella noche iban a celebrar su primer beso (se lo habían prometido). Marc estaba harto de las befas de sus hermanos mayores que, con 15 y 16 años, ya tenían novia a la que besar y repasar sin vergüenza: él pensaba que sólo lo hacían para provocarlo bajo una retahíla de frases del tipo «a ver si espabilas», «aprende a tratar a una mujer» o «a ver si resultará que nuestro hermano es raro» y otras espinas que le hacían sangrar en lo más profundo. Marc tenía un problema de sobrepeso: le encantaba comer a todas horas, lo que le alejaba, directamente, de las muchachas de la escuela. Y no podía hacer nada al respecto: eran cosas del crecimiento, justificaba. Por eso conocer a Nèlida lo había convertido en el chico más afortunado de la galaxia.

Todo había ido muy rápido: se habían encontrado en un chat, en los espacios profundos e infinitos del ordenador casi por casualidad. La primera noche se intercambiaron los *messengers*. Y pronto todo fue una lluvia de iconos: puestas de sol, lunas, rosas rojas, corazones... Los dos tenían muchas cosas en común. Todos los gustos y preferencias de Marc encontraban un reflejo en todo aquello que le gustaba a Nèlida.

La segunda noche se intercambiaron las fotografías. Ella superaba con creces a las princesas de los cuentos porque tenía lo bueno y lo mejor de to-

das ellas: brillaban sus ojos de Bella Durmiente; refulgían sus rizos de oro como los de la niña del cuento de los Tres Osos; florecían sus mejillas rosadas de Caperucita; estallaba su sonrisa alegre de Cenicienta y todo ello en una fotografía que ella le había enviado no sin confesarle, presumida y un poco descarada, que apenas le hacía justicia. Él había respondido a aquella petición con una *polaroid* tomada dos años atrás, cuando aún no lucía las proporciones pantagruélicas que en aquel momento constituían sus dominios.

En medio de una noche extrañamente fría y silenciosa, bien entrada la primavera, Marc se calentaba al calor de las palabras que se habían escrito en un juego infantil e inocente.

—Tienes unas manos delicadas y muy, muy bonitas...

—Son para acariciarte mejor...

—Tienes unos ojos grandes y hermosos, Nèlida...

—Son para verte mejor, Marc...

—Tienes una boca golosa y unos dienteillos muy sabrosos...

—Son para comerte mejor...

Marc se había reído mucho y suponía que ella también había disfrutado con aquel juego delicioso.

La tercera noche ella había escrito una pregunta que dejó sin aliento a Marc Sebastià.

—¿Te gustaría darme un beso de verdad como los de los príncipes de los cuentos? Yo haré de princesa y tú me despiertas con tus labios posados, como una mariposa, sobre los míos. ¿Te gustaría?

Jamás habría pensado que las cosas fuesen tan fáciles con las chicas. ¿Tan buena impresión le había causado? Perplejo, ciertamente nervioso, pero complacido, había respondido llenando la pantalla de iconos de corazones latiendo en la versión actualizada del programa, la 7.0.

Qué celosos estarían sus hermanos cuando supieran que, de los tres, quien tenía la chica

más bonita era el pequeño y el más espabilado.

—Y un día —añadió— ¿te gustaría jugar a médicos?

¡Ay, querida! Que pocos niños han conquistado el mundo tan pronto.

Pero, aunque esa noche prometía el paraíso, no dejaba de sentirse inquieto: esperaba que las sombras no desvelaran sus proporciones poco afortunadas, que no impidiesen aquel primer beso y lo que tenía que venir a continuación...

Oyó unos pasos detrás. La muchacha más bonita y dulce del mundo estaba a punto de llegar para dar un vuelco a su vida. Por ella —estaba escrito— subiría la montaña más alta, atravesaría el lago más profundo y frío, penetraría hasta las entrañas de la tierra si sus ojos oceánicos se lo pedían.

Un hombre bajito, de complexión fuerte, de brazos cortos apareció por detrás.

—Oye, tú, ¿eres Marc?

Visiblemente sorprendido mientras, en la oscuridad, buscaba la luz, Marc murmuró unas palabras que se atragantaron en su garganta.

—Soy el padre de Nèlida. No quiero que me hija salga de casa a estas horas y menos con desconocidos. Ven. Te llevaré con ella.

Marc encajó la mano que el padre de Nèlida le ofrecía. ¿Debía seguirlo?

—Estás un poco gordo, ¿verdad? Comes demasiado. A Nèlida no le gustará.

—Si quiere lo dejamos para otro día..., señor, es tarde —se atrevió a susurrar, intranquilo—

—Demasiado tarde —se quejó— nunca es demasiado tarde para hacer amigos —añadió. No me opongo a que mi hija conozca gente, pero a esta hora...

—Fue ella, señor, la que...

—¡Calla!

Durante el resto del trayecto nadie dijo palabra. Marc había ahogado sus sueños de héroes y princesas y suspiraba por volver a casa. El hombre no dejaba de observarle. Tenía los ojos pequeños como las ranas y una boca de labios carnosos como

los cerdos. De la nariz y de las orejas y por debajo de la camisa se le escapaban horribles matas de pelo. Sintió un escalofrío: ¿cómo alguien tan horrible había concebido a alguien tan delicado y bello?

—Nèlida tuvo un accidente —se produjo un largo silencio— y ahora está en una silla de ruedas. No se habrá atrevido a decírtelo.

Una mezcla de sentimientos lo llevaron de la ofensa más cruda del engaño a la ternura de sentirse útil a alguien y entregarse sin condiciones.

Habían dejado atrás el parque, a las afueras de la ciudad. Se detuvieron delante de una casita solitaria detrás de la cual los cepos de los viñedos desnudos le parecían manos escualidas que pedían socorro.

—Es aquí. Te espera en el segundo piso.

Marc Sebastià subió las escaleras. Detrás oyó el quejido desacompañado de unos pasos apresurados. Al final del pasillo una luz suave se filtraba por una puerta entreabierta. La empujó.

—¿Nèlida?

Había una pantalla de ordenador encendida al lado de una silla de ruedas y, sobre ella, sentado, un albornoz.

¿Qué era aquello?

Fue la última imagen fijada en la pupila de sus ojos antes de que un impacto súbito golpeará su cabeza.

—¡Cerdito!, ¡cochinillo baboso! —gritó— mientras hundía la real cabeza de los reyes, perdidos para siempre los buenos modales del capitán Garfio, devorado el Reino de Fantasía por la Nada, hechos jirones los paraísos perdidos. Al poco tiempo, extenuado, se sentó delante del ordenador. Aún resoplaba cuando se conectó a internet. En el escritorio guardaba la imagen de una princesa de cuento de hadas que había cazado en los espacios infinitos y la de Marc Sebastià. Tiró ésta a la papelera mientras abría páginas webs llenas de fotografías que le gustaban e iniciaba una nueva conversación en el chat. El encuentro, anónimo y silencioso, sería en el lugar de siempre y a la misma hora.

Encontraron a Marc siete días después, roto por todos lados, con los pliegues de su piel cincelados, con una rosa mustia de papel en el bolsillo, en la parte más profunda del río que atravesaba el lugar, guardadito dentro de un saco.

## Nota

Según un informe reciente, más de un 14,5 % de los niños han concertado un encuentro con desconocidos a través de internet. Un 44 % de los niños se han sentido acosados sexualmente en internet.